



NUM. 45. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE NOVIEMBRE DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



ue muy nublado y oscuro se presenta nuestro horizonte político, es cosa por todos vista y por todos sabida; pero los más hábiles ignoran adonde podrán llevarnos la fuerza

de los acontecimientos y la lucha de encontradas opiniones. Determinada ya por las Constituyentes la forma monárquica como más propia para la índole y actuales condiciones históricas

del país, trátase hoy con ardor la cuestion de candidaturas para el trono vacante, siendo este el caballo de batalla, ó mejor dicho el campo de Agramante donde las aspiraciones diversas chocan entre sí, las disidencias estallan y se perturba profundamente la marcha política, no sin grave daño del Estado.

Apoyan hoy los más la candidatura del joven duque de Génova, defienden otras fracciones las de Montpensier, don Fernando de Portugal, el ilustre duque de la Victoria, y algunos, desconociendo el espíritu de la revolucion de setiembre, intentan una restauracion á medias, procurando traer al s61io español al niño Alfonso. No es nuestro ánimo disertar sobre los inconvenientes y ventajas que vendrian con la proclamacion

de uno ú otro candidato, ni este periódico tampoco es á propósito para ello; pero sí debemos manifestar que urge la consolidacion del país para desbaratar las intrigas y manejos de los unos, para quitar el más remoto pretexto á la sublevacion armada de otros, devolver la confianza y curso ordinario á nuestro abatido comercio y llevar la tranquilidad á todas las clases de la nacion.

Como resultado sin duda de tales divergencias políticas, se ha verificado últimamente una modificacion ministerial en que los señores don Laureano Figueroa y don Cristino Martos han reemplazado á don Constantino Ardanaz y don Manuel Silvela. Tambien el ministro de Marina don Juan Topete presentó su dimision, que no le fue admitida; pero decidido á llevarla á cabo, ha insistido en su resolucion. Varias conferencias han celebrado con dicho señor el regente y el ministro de la Guerra para inclinarle á que continúe en el desempeño de su cargo, sin que hasta hoy hayan tenido satisfactorio resultado. Ignórase quién le sucederá en la cartera de Marina, aunque se indican algunos nombres.

Las diversas fracciones políticas celebran frecuentes reuniones; últimamente la union liberal acordó apoyar al gabinete en todo lo que puede conciliarse con sus principios, nombrar un centro directivo compuesto de sus principales individuos, no dimitir los cargos desempeñados por diputados unionistas y tratar en una junta próxima de si debe ó no apoyarse la reeleccion de las vacantes que existen en el Congreso.

La creacion del anunciado Banco Territorial de España es un hecho. Este banco se asemeja mucho en su institucion y objeto al *crédit foncier* de Francia y viene á llenar una verdadera necesidad del país. Las personas que figuran á su frente como fundadoras son muy conocidas, asi por su capacidad para los negocios, como por su elevada posicion social. Deseamos que desplieguen la mayor inteligencia y celo en la gestion de tan importante empresa, por el gran servicio que pueden prestar á la industria, á la agricultura y al comercio de España.

Continúan siendo favorables las noticias que se reciben de Cuba, no sólo por conducto oficial, sino por cartas particulares. Los insurrectos no poseen un sólo pueblo, viven fugitivos y ocultos en las asperezas de los bosques, de donde apenas se atreven á salir por te-

mor de los encuentros con nuestras valientes tropas. El combate habido últimamente en Sancti Spiritus, donde un puñado de españoles ha hecho prodigios de valor derrotando cuerpo á cuerpo á un número seis veces mayor de sublevados, es digno de figurar al lado de la heroica defensa de las Tunas y ha contribuido poderosamente á desalentar al enemigo. Cuatro cabezillas, titulados generales, han muerto en el departamento oriental, y ya mucho tiempo hace la insurreccion estaria terminada, si no encontrase el soldado español en aquel mortífero clima su mayor y más formidable enemigo.

En cuanto á lo civil, son mayores las ventajas que allí se realizan. Cartas particulares nos aseguran que se halla nivelado el presupuesto, cobran al corriente sus haberes las clases activas y pasivas, se devuelven los depósitos, el Banco ha terminado su liquidacion y se ha impedido el desarrollo de la crisis monetaria. El descuento del Banco ha bajado del 8 al 6, cuyo hecho revela por sí solo la confianza general en la pronta pacificacion de la isla y el incremento de su industria y comercio, merced á una bien organizada gestion económico-administrativa.

La conducta digna y enérgica del padre Jacinto y sus famosas cartas han despertado en toda la cristiandad y particularmente en Roma un eco profundo. El Papa ha escrito al ilustre orador de Nuestra Señora de París; mas hasta ahora no ha tenido resultado semejante paso, ó se ignora cuál haya sido. Algunos periódicos que hacen caso omiso de tan vital asunto, se entretienen en describirnos la magnificencia y pompa con que ha de celebrarse el Concilio próximo, cuya duracion se calcula en diez y ocho meses, sin olvidarse de advertir á sus lectores que la alfombra del salon de sesiones, traida de Bélgica, ha costado sobre 25,000 duros. Pero los verdaderos cristianos se acuerdan de que Jesucristo andaba con los pies descalzos ó cuando más con unas pobres sandalias sobre el desnudo suelo y repugnan ese fausto en los que se apellidan sus discípulos y sacerdotes. Sin duda los modestos curas párrocos que trabajan sin descanso y se quitan el pan de la boca para aumentar el *dinero de San Pedro*, verán con mucho gusto tamañas magnificencias.

No desisten los carlistas de sus proyectos belicosos; antes bien se preparan y escitan para la lucha y procuran introducir por la frontera sendos carros de ar-

mas y municiones; pero con tan escasa habilidad y fortuna, que las autoridades sorprenden estas remesas y sirven para el armamento de la milicia nacional en algunos pueblos donde por falta de equipo aun no se halla organizada. Ciertamente que nuestro absoluto monarca y augusto amo y señor don Carlos VII habrá enviado tales pertrechos guerreros con muy distinto propósito, pudiéndosele aplicar aquellas palabras del lírico latino, *amphora cepit; currense rota, cur urceus exit?* pero á esto responderá que el hombre propone y Dios dispone, y sin duda alguna que responderá bien, aunque debiera tomar mejor sus medidas para no gastar el dinero en armar á sus naturales enemigos.

Con los trabajos carlistas en el vecino imperio coinciden los isabelinos, celebrando incesantes juntas donde andan poco ménos que á la greña sobre si doña Isabel ha de abdicar una corona y cetro que no posee, ó si han de dirigirse todos los esfuerzos á una restauracion completa. En favor de una y otra idea se han pronunciado discursos, hecho gestiones y presentado proyectos, sin que hasta ahora hayan tenido el menor resultado práctico. Dios quiera que no lo tenga jamás, pues el terrible cuadro que la historia nos presenta de las restauraciones verificadas en el pasado y presente siglo, está empapado en sangre; sin que por otra parte ninguna de tales restauraciones haya podido consolidarse en ninguno de los países que han tenido la desgracia de sufrirlas.

Está visto que el istmo de Suez será el gran punto de reunion de innumerables hombres científicos y de muchas testas coronadas. El emperador de Austria, que se habia manifestado indeciso respecto de asistir ó no á la inauguracion de la gigantesca obra de Mr. Lesseps, ha salido ya de Viena acompañado de muchos personajes importantes de su corte, dirigiéndose á Constantinopla, donde el sultan le ha obsequiado con una esplendidez verdaderamente oriental. A la hora en que escribimos estas líneas tal vez haya partido para el Cairo. Añádese que varios príncipes asiáticos han emprendido también su viaje con igual objeto. Seguramente que la extraordinaria variedad de lenguas y dialectos que resuenan con motivo de esta gran solemnidad en Egipto, podrá dar una idea de lo que seria la famosa torre de Babel, de que nos hablan las Escrituras.

Con haberse cambiado bruscamente la temperatura de que disfrutábamos, sustituyéndola un frio algo más que regular, son muchas las familias que regresan á Madrid, procedentes del extranjero y de los establecimientos balnearios adonde habian ido á buscar distracciones ó alivio de sus enfermedades. Por esta afluencia de gentes se observan más animadas las sociedades públicas y particulares y es mayor la concurrencia de nuestros coliseos. En uno de estos se ha recibido con ostensibles muestras de disgusto y menosprecio la representacion de uno de esos mamarrachos indignos que afean y manchan el antiguo decoro de nuestra escena. ¡Ojalá el público siga mostrando su desagrado á tales producciones y llegue el tiempo en que recobre su lustre y merecida nombradía el teatro que ha producido hombres como Lope de Vega, Calderon y Rojas!

N. C.

ESTABLECIMIENTOS PENALES.

II.

LAS PARTIDAS.—OBJETO LEGAL DE LAS PRISIONES.—MEDIOS PREVENTIVOS EN LA SOCIEDAD.

Hondos abismos tenemos que salvar y estensas lagunas que atravesar antes de llegar al código de las Partidas, y que consideremos su parte penal. Tenemos que desoir el estruendo de un combate de seis siglos y apartar los ojos de la monstruosa legislacion que iluminaba la llama sanguinosa de la guerra. Tenemos que alejarnos con la indignacion en el alma y el duelo en el corazon de las horribles penas que se imponian por los Fueros municipales á los más insignificantes delitos; no recordar la que el Fuero de Bonoburgo de Caldelas lanzaba contra el simple deudor: «*Si fuere clérigo ó soldado el deudor, atado á los pies de un caballo, ó á la clin, y poniéndole humo á las narices, tráiganle así por la villa hasta que pague.*»

No traigamos á la memoria la siguiente disposicion del de Cáceres, tan bárbara como injusta: «*Todo hombre que uvas furtare de noche, ó cual cosa quisiere, si verdad fallaren alcaldes jurados et voceros, enfórquenlo.*» ¡Ahorcar á un hombre por un puñado de uvas! No se nos diga que esto y mucho más cabia dentro de la anarquía salvaje del feudalismo, que no se habia desarrollado la idea de la justicia criminal, y que era tan grosera como mezquina. No se nos objete el retroceso inevitable que sucedió á las leyes del Fuero Juzgo, entre el caos que reinaba en la sociedad.

Si la sociedad existia, humana y religiosa, con grandes elementos constitutivos; si existia también la caridad á la luz del Evangelio, no hay razon alguna bastante poderosa para disculpar la barbarie de aquellas

leyes. No la hay tampoco para que el Fuero Real, que á ellas sucedió, considerado en su parte artística como un inmenso adelanto, siga aplicando desigualmente penas crueles y prodigando la de muerte; por más que en este código ya se observe una tendencia muy plausible á la debida graduacion de la penalidad. Veamos ahora cómo la ha mejorado el inmortal monumento de las Partidas, esa enciclopedia del mundo civilizado de los siglos medios.

Sin embargo, preciso es que digamos que la parte penal, consignada en la partida sétima, es la más defectuosa del código citado. No llega á determinar claramente la verdadera significacion del delito, de igual modo que en el Fuero Juzgo sucedia, considerándole como al pecado, y desconociendo el fin y los límites de la pena. De aquí nacen notables contradicciones entre algunos principios y sus consecuencias: de aquí que á veces se nota una vacilacion inconcebible en la manera de apreciar la penalidad, y casi un retroceso en el fácil cuanto hermoso camino que iniciara el código visigodo: Por ejemplo: despues de prescribir que no se ha de marcar el rostro del hombre, hecho á semejanza de Dios, condena á la pena misma al que blasfemare por segunda vez. La verdad de la razon en la teoría; el error en la práctica.

Hija esta legislacion de la legislacion romana, tenia que ser dura su penalidad, á fin de no mostrarse desagradecida á los beneficios de su madre adoptiva; tenia que prodigar las penas de confiscacion y de infamia, y el tormento, la mancha más fea de los códigos antiguos, debia verse aplicado con desconsoladora extension, y sin las grandes salvedades con que lo preservaba el Fuero Juzgo.

El rey Sabio no podia improvisar una legislacion criminal aproximada á la perfeccion, cuanto más una obra perfecta, porque tuvo que inspirarse en los fueros y tradiciones, al propio tiempo que en las Decretales; porque toda la ciencia y la filosofía de entonces eran debidas al paganismo, y todavía no lograra desarraigarlas la palanca del cristianismo.

Oigamos ahora á un eminente jurisconsulto antes de proseguir: «*Si Alfonso de Castilla y sus colaboradores, sin ningun género de precedentes, porque no los tenian, hubiesen ordenado una legislacion criminal semejante á la civil que redactaban, no habrian sido meramente grandes legisladores y grandes hombres, sino un misterio, un milagro, un fenómeno indescifrable en la historia de la humanidad y del mundo. Lo que hicieron basta para su gloria, aunque para la humanidad y el mundo no haya bastado.*»

Hasta el siglo actual no hemos tenido más códigos, despues de las Partidas, ni criminales ni civiles: pues los cuadernos de leyes ú ordenamientos, y otras colecciones á que se ha dado el nombre de Recopilacion, cuyos elementos se formaron en los seis siglos que median entre dicha época y la presente, no pueden merecer la denominacion de códigos, aunque hayan contribuido poderosamente á la formacion del que nos rige.

¡Imposibles parecen esos seis siglos de estancamiento, si no de atraso; en nuestra legislacion criminal! ¡Increible se considera que las absurdas crueldades por aquellos códigos autorizadas y por aquellas sociedades consentidas, hayan llegado con todo su rigor hasta hace pocos años: los azotes, la marca, la mutilacion, la pena de muerte aplicada á quien robase por valor de una peseta!

Si no temiéramos apartarnos demasiado de nuestro principal objeto, diríamos que la costumbre tan continuada de presenciar los castigos más duros, hizo nacer la indiferencia por ellos; y que el haber mirado á los criminales como á mucho menos que prójimos hasta el establecimiento de los principios de la filosofía moderna, que los juzga al nivel de sus semejantes, y muy dignos de compasion, fue otra de las causas poderosísimas de dicha indiferencia y del atraso consiguiente, al mismo tiempo que el respeto escésivo y fanático, digámoslo así, que el pueblo profesaba á la antigua legislacion.

No de otro modo se concibe lo que tardaron en crearse en nuestra patria los establecimientos penales, con un sistema regular de castigos.

La division esencial que generalmente se hace de los establecimientos penales, comprende solo dos partes: 1.ª cárceles y 2.ª presidios, bajo cuyo nombre pueden incluirse también los arsenales y casas de correccion. El objeto legal de las cárceles es custodiar del modo más seguro á aquellos individuos sobre quienes recae fundada pretension de reos, ó á los cuales se acusa de algun delito, por el que se supone que tratarán de sustraerse de los efectos de las leyes. Dichos individuos permanecen en prision mientras se sustancian las causas, hasta que se ejecutan las sentencias.

El objeto legal de los presidios es la seguridad de los reos, ya así declarados, y que sufran el castigo prescrito por los tribunales, de la manera que las leyes designan.

Por lo tanto, en las cárceles no deben consentirse otros padecimientos que los puramente indispensables á la incomunicacion del preso ó á la aplicacion de leves castigos de disciplina interior, los cuales se le im-

pondrán cuando hubiere cometido algun esceso. En otro caso el rigor será injusto, y de ningun modo pueden permitirse en los establecimientos de esta clase las prisiones subterráneas y angostas, la desnudez, el desaseo, los grillos, las cadenas, los malos tratamientos de los carceleros, etc. Y puede el preso disfrutar de la comunicacion por medio de cartas, y de la presencia y trato de sus parientes, amigos ó defensores en ciertos casos y horas oportunas, así como recibir auxilios pecuniarios y alimenticios, previa la inspeccion conveniente, á fin de evitar abusos y desgracias.

En los presidios ya es necesario el rigor: el reo de un delito, más ó menos grave, debe gemir bajo el yugo de la pena, con la mortificacion proporcionada á tal delito.

Sin embargo, no deben imponerse aquellos padecimientos que alteren notablemente su salud, con mengua de la humanidad y de la razon, ó en contra de la decencia y de las buenas costumbres; porque tales padecimientos no contribuyen jamás al saludable objeto de las leyes.

Ahora bien, nuestros establecimientos penales, lo mismo las cárceles que los presidios, ¿cumplen con las condiciones que para dicho objeto se requieren? Mucho se ha adelantado hácia él, desde las sabias disposiciones de los Reyes Católicos y de Felipe II hasta las grandes mejoras que últimamente hemos visto planteadas. Pocos pueblos de los que caminan á la vanguardia de la civilizacion presentarán pruebas tan patentes como el nuestro de lo que pueden hacer en pró de las prisiones y en favor de los desgraciados delincuentes la rectitud de la justicia y el esmero de la administracion. Y si aun hoy falta mucho para que muestren ese grado de perfectibilidad de que son susceptibles, no es porque en ellas dejen de reinar los principios del régimen más benéfico, sino porque se hace poco aprecio de su valor y se desconoce generalmente su límite oportuno.

Sin referirnos á los abusos que proceden de circunstancias especiales ó de la construccion de los edificios; con solo tener en cuenta lo que hemos dicho del objeto de las prisiones, se comprenderán claramente los medios más sencillos y á propósito para que tal objeto se realice; medios fundados en la utilidad moral y material.

El primer carácter de estos medios ha de ser el de preventivos. Dice un escritor, cuyo nombre no recordamos en este momento, que la legislacion no es otra cosa que una educacion continuada del hombre, teniendo por fin su bienestar. Por consiguiente, cuanto más se acerque á este fin, tanto más completa será, y si los medios que emplea son tan suaves como fáciles de ejecutar, y ocasionan al propio tiempo multitud de efectos de que la sociedad necesita para su mejoramiento, es indudable la inmensa utilidad de esos medios.

Resalta entre ellos, en primer término, el de conservar la pureza de las costumbres públicas; el cual trae consigo la prevencion de muchos y graves delitos, con efectos tan ciertos como la disminucion de víctimas y la paz de las familias y estados.

Antes que prodigar las penas mayores, deben los códigos remover las ocasiones de imponerlas, buscando su imposibilidad, procurando el pronto castigo de cualesquiera escesos en contra de la ley.

La creacion de casas de trabajo para evitar la mendicidad; la vigilancia de la policia para el conocimiento de la manera de vivir de los individuos; la inspeccion discreta y continua de ciertos establecimientos públicos; la correccion de todas las faltas que contribuyen al desprestigio de la autoridad: estos medios y otros análogos evitan á la sociedad mayores males que todo el rigor de las penas, inclusa la de muerte.

Desde el uso frecuente de estas prevenciones, desde el planteamiento de tales principios proviene la notable mejoría de las condiciones que lo determinaron. La aplicacion de aquella horrible pena es rarísima en el día entre nosotros, y el cuadro estadístico de la criminalidad no aparece siempre con colores sombríos.

Y no prescindiremos de anotar aquí la influencia que ejerce en dicho resultado la extension que la primera enseñanza va adquiriendo, á pesar de los numerosos obstáculos que aun se la oponen.

Si se obligase á todos los niños á recibirla; si no se permitiese el abandono de ninguno de ellos; si no se consintiera la ociosidad y se honrase el trabajo por todas las clases, procurando hacerlo tan productivo y agradable como estéril y lamentable la holgazanería; si se procurase que todo el mundo tuviera un modo de vivir lícito y conocido, ¿qué necesidad habria de ensanchar las prisiones, ni de agravar las penas de los códigos?

¿Qué sucede en las aldeas y demás pequeñas poblaciones cuando los niños no concurren á las escuelas? Ocupados por sus padres ya en la guarda de ganados ó de campos, ó en rebuscas, ó en otros quehaceres que no merecen el nombre de tales; faltos de toda educacion, tal vez presenciando los malos ejemplos, contraen hábitos siempre perniciosos; por ejemplo: el de proferir palabras obscenas; el de insultarse unos á otros; el de la rapiña, el de causar daño por pura complacencia; el del juego y otros muchos, los cuales, no

siendo reprimidos ni por la autoridad paterna, ni por la pública, cuando llegan á la mayor edad, los hacen penderos, blasfemos, ladrones, borrachos ó asesinos.

Lo que sucede en las grandes poblaciones cuando á los niños no se les obliga á concurrir á las escuelas, es mucho más y en mayor escala, figurando en ella las estafas, falsificaciones y robos de industria: los criminales son más expertos y consumados.

Y supuesto que esta verdad es tan tristemente irremediable, la existencia de unos establecimientos penales de condiciones buenas puede atenuarla considerablemente, procurando remedios utilísimos á aquellos hijos desnaturalizados de la sociedad, y haciendo fructuosas las miras preventivas de las leyes.

Para esto es necesario que estén dispuestos de modo que logren los efectos de atacar á los vicios en su raíz, de cortar el mal de los delincuentes en el estado que presente cuando á ellos son conducidos, y de mejorarle sin peligro de que suceda todo lo contrario.

En una palabra, debe atenderse á la prevención antes que al castigo. Deben persuadirse los gobiernos de que si en esas moradas del crimen se llega á introducir el orden, el amor al trabajo, la instrucción, la religiosidad, poco tardaría en generalizarse el bienestar; muy poco tendrían entonces que hacer en pro de la moralidad de los pueblos.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

ERROR ECONOMICO.

Si grandes y funestas consecuencias traen al individuo aislado, tanto en su vida pública como en la privada el considerar un error como verdad inconcusa, son infinitamente mayores cuando está aquel alimentado por una sociedad ó nacion. Su inmensa trascendencia perjudica entónces á la totalidad de los asociados; puesto que el error es generalmente creído, tomándolo además como base para los preceptos generales, y en particular á cada uno, que marchando por sendero opuesto al que debería llevar, pierde las ventajas que pudiera ocasionarle el exacto conocimiento de la verdad.

Las ciencias son las que por más recto camino conducen á aquel hermoso campo, y las que con su benéfico rocío hacen producir abundantes frutos morales, intelectuales y materiales.

Hoy nos proponemos demostrar de una manera clara y concisa lo absurdo y perjudicial de un error harto y dolorosamente arraigado en nuestro país.

Los buenos españoles sufrimos con sentimiento el espectáculo que ofrecen la mayor parte de las naciones civilizadas, ora sean vecinas, ora de otro continente; vemos con dolor y admiración las grandes empresas acometidas y llevadas á cabo con gloria por países á quienes la Providencia no dotó de tantos bienes como al nuestro, y sobreponiéndose á los inconvenientes que les presenta la naturaleza, marchan á la vanguardia de los adelantos y de la prosperidad.

¿Y en qué consiste, nos preguntamos los unos á los otros, que no nos es posible hacer otro tanto? ¿Por qué hemos de ser poco menos que meros espectadores del desenvolvimiento en que velozmente se agitan cuerpos sociales de bastante menos importancia? Porque nos faltan capitales, se contesta con exagerada frecuencia.

Este es precisamente el error; éste el que oímos repetir con insistencia y frecuentemente á personas ilustradas, de tal modo, que la multitud de unos y la autoridad de otros, han venido á crear un convencimiento general de que en España no hay fuerza de capitales para lanzarse al inmenso espacio que ofrecen los modernos conocimientos, y éste, por último el error que, como va dicho, tratamos de hacer palpable.

La primera consecuencia funesta que aparece, es el escaso espíritu de asociación que hay en España, lo cual, en nuestro concepto, obedece á dos causas; primera, al uso criminal que al iniciarse el sistema de asociación, se hizo de él en nuestro país; y segundo, á la desconfianza que se apodera de todo el que tiene capital dudando encontrar otros que poseyéndole también quieran de buena fe ponerlo en circulación.

Así es que al presentarse el proyecto de una empresa conveniente y productiva, se recibe con desden y se discurre de este modo: no acomoda consumir los escasos recursos existentes en empresas á las que por su tamaño no podría dárselos cima. ¿A qué hacer esfuerzos inútiles? Dejemos á países más ricos, como Francia, Inglaterra, Estados-Unidos, etc., la fortuna de esplotar en su provecho lo que la Providencia permitió se descubriera para todos. En España faltan capitales.

Hay también entre nosotros otra creencia errónea cual es, la de que el Gobierno es el capitalista por excelencia, y que, por lo tanto, á él es á quien toca acometer esas empresas que se llaman de *grande escala*, lo cual es un desatino económico; el Gobierno carece de capital propio; es mero administrador, y al entrar los tesoros en sus arcas, está ya señalado el destino que se les ha de dar. Lo que sí está en sus facultades, es facilitar hasta donde sea prudente en el terreno le-

gal, los medios de llenar las necesidades de los pueblos. Lo demás corresponde á los particulares, al municipio, á la provincia, á la nacion entera. Si á causa de admitirse como axiomas los más absurdos errores, si por falta de conocimientos económicos no lo hacen, de aquí vienen el atraso, de aquí el marasmo en que estamos respecto de los países que hemos citado y de otros que hemos omitido.

España es inmensamente rica. Todos sabemos que con su suelo posee las principales fuentes de la prosperidad; sus productos, y hasta su clima favorecen poderosamente á la obra de su engrandecimiento. No há muchos años que por las principales autoridades en la materia, se formó un cálculo de su capital en inmuebles, y resultó ser éste de 50,000.0000 de reales, sin contar los inmensos valores que representan los objetos muebles y que no se prestan al cálculo.

Argumentos son estos sin valor alguno ante la rancia y estúpida costumbre de atesorar los metales preciosos, viendo únicamente en ellos representada la riqueza, producto grosero de la falta de educación científica; así como también lo es el que vulgarmente se confundan el capital con el numerario. Mucho hay de este en España, mas aunque fuera escaso, no por eso dejaría de haber grandes capitales. Pero la ignorancia, siempre presuntuosa, llevaría su ceguera hasta el extremo de decir: no creemos puedan construirse caminos, canales, ni vapores, con casas, heredades ó arboledas. A lo que puede contestarse fácilmente, que ni líneas de vapores, ni exclusas, ni cables submarinos hemos visto jamás de plata y oro. Es por consiguiente falso, absolutamente falso, que los valores aplicables á esto son únicamente los del numerario. Todo valor, esté donde quiera, es trasportable, es convertible en el objeto que se desea.

Aquí de la asociación, aquí del crédito, grandes elementos de las sociedades modernas.

No nos detendremos en enumerar minuciosamente las maravillosas ventajas de ellos porque así no lo permite la índole de este artículo, limitándonos únicamente á indicar á grandes rasgos, como lo vamos haciendo, los males inmensos que ocasiona el desconocimiento de la verdad tratándose del capital y su aplicación más acertada.

Es un mal gravísimo para el hombre no conocerse á sí mismo; pues si todo lo que le rodea debe ser motivo de su estudio y meditacion, no lo es menos su propio individuo. Debe éste, haciendo buen uso de la razon, sublime facultad que le otorgó el cielo, ensayar su talento, poner á prueba su corazón, observar sus tendencias y en esos momentos en que el espíritu se eleva á regiones donde no puede seguirle la materia, la fria contemplacion le haria adquirir un conocimiento exacto de sí propio, bajo todas fases, siéndole de este modo más suave el escabroso camino de la vida.

De la misma manera, y económicamente hablando, es una grande falta cuando un pueblo se desconoce á sí mismo é ignora por consecuencia las fuerzas de que dispone, los recursos con que cuenta, y se encuentra incapaz de todo, y ora gemicante, ora maldiciente, sin recordar lo que fue ni meditar lo que puede ser, va decayendo su espíritu por grados, hasta cruzarse de brazos sumido en el abatimiento y en la envidia, viendo marchar otros pueblos ceñidas sus frentes por los laureles de los adelantos, y aumentada su vida con la comodidad y la distribucion de la riqueza.

El siglo en que vivimos va variando insensiblemente la índole de la grandeza y poderío de las naciones, y va obligando á los países reacios á entrar en tan magistosa y benéfica trasformacion. Ya no será un pueblo más poderoso ni más feliz porque tenga más soldados, porque cuente más cañones. Si lo será en efecto el que posea más comercio, más riqueza, y sobre todo más saber, más ciencia.

España, repetimos, es extraordinariamente rica. Teniendo lo principal sólo le falta lo accesorio que es más fácil de conseguir. Procúrense extender profusamente las verdades económicas. Hágase frecuente y perfecto uso de las leyes que hoy nos rigen para la creacion de establecimientos de crédito; haya estímulo para el trabajo en todas las clases; resucitese el espíritu de asociación; despiértese la buena fe y sostenidas por el gobierno á todo trance las reglas de la moralidad en el movimiento social que se inicie, ya sea en su aspecto científico ya en el comercial, ya en los demás que ofrezca, los intereses generales y particulares irán tomando el debido desenvolvimiento y aumentarán los medios de subsistencia, aumentando también la felicidad de los pueblos.

De este modo, con tales condiciones, ya aparecerán capitales en cantidad bastante y aun sobrada para proporcionar al país los beneficios de que ha menester.

Dando latitud á los establecimientos de crédito tal como hoy puede hacerse, serán utilizados sus buenos efectos por todos los hombres, sea cual fuere la clase á que pertenezcan, siempre que haya honradez y genio emprendedor é industrioso.

A la asociación con su poderoso empuje nada le es difícil; para ella nada es grande y además de la conveniencia de que capitales de todas clases emprendan un mismo negocio participando así todos de los beneficios que se reporten, tiene también la ventaja inmen-

sa de que el capital social es infinitamente más atrevido, más audaz que el individual; teme ménos al riesgo y por consiguiente es mayor el aumento y ménos sensible su pérdida.

Buena fe y moralidad, pues, debemos repetir. Hasta ahora hemos visto trazada la senda por donde puedan marchar los asociados; pero aquí se hace precisa, indispensable, la accion enérgica y protectora del gobierno é igualmente, cuando fuere del caso, la de los tribunales de justicia. Ella inspirará más confianza á los capitales que permanecen retraídos, temerosos del fraude con carácter legal y ella igualmente será el valladar donde se estrellen los cálculos de hombres sin corazón, á quienes no estorba la conciencia para lograr con una estudiada y fraudulenta combinacion sumir en la miseria multitud de familias, apropiándose lo que legítimamente á otros pertenecía.

Por la desaparicion del error que combatimos; se manifestará palpablemente la facilidad con que nuestra patria puede llegar al mayor apogeo de la riqueza y engrandecimiento á que está llamada.

Veremos entonces desaparecer de los pueblos, especialmente interiores, esa fisonomía feudal y aun morisca que muchos conservan. Veremos convertirse la triste y desmantelada aldea en risueño, próspero y recreativo caserío, porque hasta ellos llegará la vida y el movimiento general.

Veremos por último, con orgullo, en gran número las naves españolas cruzar los mares de Norte á Sur, de Este á Oeste, ondeando en todos los puertos donde de cambios se trate, el altivo pabellon de España. En cada viaje se coseguirá un triunfo, en cada transaccion comercial una victoria.

R. GARCIA GALVAN.

BOLSA DE MADRID.

Sobre su aspecto y mérito arquitectónico nada hay que decir de este edificio, pues nada tiene de notable como obra de arte. Se halla en la plazuela de la Aduana Vieja, llamada así por el edificio de la Aduana allí situado hasta que Carlos III hizo construir el magnífico que existe hoy en la calle de Alcalá. Pero si nada importante ofrece como obra de arquitectura, da campo á profundas consideraciones por ser la cuna donde repentinamente han nacido enormes caudales, y también la tumba de muchas esperanzas y de muchos ahorros juntados á fuerza de trabajo y privaciones. Dicho edificio, como toda casa de juego, debiera tener en su frontis la inscripcion siguiente: «Esta casa tiene dos puertas: la una se abre á la esperanza, la otra á la ruina y á la muerte. Por la primera se entra siempre, por la segunda se sale con frecuencia.»

DON VICTOR BALAGUER.

En 1824 este hijo ilustre de Barcelona, cuyo retrato publicamos hoy, nació en dicha ciudad, donde más tarde habia de gozar tanta popularidad y aprecio. Cursados los estudios preliminares de filosofía, siguió la jurisprudencia, y al mismo tiempo comenzó á dar claras señales de su inclinacion y talentos para la literatura.

Durante algunos años consagró sus investigaciones y vigiliás á escribir las *Crónicas de Cataluña*, con otros estensos y meditados trabajos sobre puntos históricos referentes á la misma provincia; por lo cual mereció que el Ayuntamiento de Barcelona le nombrase Cronista de la ciudad, cuyo empleo á nadie se habia conferido desde el año de 1716, en que despues de las terribles guerras de sucesion, Felipe V abolió los fueros y privilegios de Cataluña.

Por sus composiciones poéticas y su infatigable empeño de realizar la poesia catalana, se le conoce bajo el nombre del *Trovador de Monserrat*: sus cantos, segun la opinion de sus admiradores, tienen cierto selo característico donde se refleja el genio provincial de aquella localidad, tan distinto del de otras comarcas de la Península.

Además ha producido otras importantes obras; entre ellas la *Historia de Cataluña*, en cinco gruesos volúmenes: tratado de extraordinario interés y que ha de ocupar un señalado puesto en la literatura patria, no sólo por su buen criterio y acertada division de épocas y materias, sino también por ser la primera historia general que de aquel país se ha escrito.

Aunque es muy notable el mérito de las obras del señor Balaguer, más todavía que por ellas, goza este escritor de merecida reputacion en Cataluña, por el vigoroso impulso que ha sabido comunicar á la literatura catalana, tomando muy activa y principal parte en su renacimiento, como sostenedor y presidente de los Juegos Florales que en estos últimos años se han celebrado repetidamente en Barcelona.

Actualmente se ha desarrollado tal afición á la literatura provincial de que hablamos, que además de muchos periódicos y poesías, se escriben en dialecto catalán historias, novelas, comedias y dramas. Existe ya un teatro catalán nacido despues del estable-

cimiento de los *Juegos Florales*; un teatro que se ve frecuentado por un público tan escogido como numeroso; teatro que cuenta ya con un repertorio considerable donde se hallan comprendidos muchos géneros, desde el drama puramente histórico, á la comedia festiva y representaciones de circunstancias, notándose en él cada día mayor aumento y desarrollo.

Tal ha sido y tan grande, se puede asegurar, el fecundo resultado de muchos años de trabajos y perseverantes esfuerzos. El año anterior se celebraron con inusitada pompa los *Juegos Florales* en Barcelona, siendo presididos por el señor Balaguer, y asistiendo á ellos, además de muchos notables personajes extranjeros, varios maestros y poetas de la Provenza, académicos y sabios de París y del Rosellon, y distinguidos literatos de Castilla, Mallorca y Valencia.

Apénas estalló la revolucion de setiembre, nombró el pueblo catalán al señor Balaguer, por 20,000 votos, individuo de la Junta Revolucionaria de Barcelona. Fue despues presidente de aquella diputacion provincial, cuyo cargo desempeñó con celo y patriotismo, y en la eleccion de diputados á Córtes Constituyentes, salió nombrado con igual número de votos por la circunscripcion de Manresa.

Hoy ocupa el puesto de Director de Estadística, habiendo en tal concepto representado dignamente á España en el Congreso Internacional Estadístico celebrado en La Haya bajo la presidencia del príncipe de Orange.



DON VICTOR BALAGUER.

que han tenido estos puestos visibles, sospecharon ó vislumbraron que el mundo se parece en mucho á un teatro, y que para actuar en él se necesita no olvidar ningun resorte de los que pueden contribuir á la excelencia y buen éxito de la representacion de su papel. Esto es, que no basta para las muchedumbres lo que se dice, sino la manera, situacion y accion con que se dice: que ha de ser tal que interese y atraiga las miradas y la atencion de un público distraido y entretenido con infinita variedad de objetos, voces, decoraciones y sensaciones; de tal modo, que se halla dispuesto á contentarse con lo inferior, si es teatral y llamativo; y pasar por alto lo bueno, si no se vale del artificio á que está acostumbrado, y no se le presenta con el relieve dramático cómico ó trágico bastante para fijar los sentidos y causar efecto no solo en la razon, sino en las pasiones. De aquí han provenido las ceremonias y los trages que son como el vestuario y la disposicion escénica en el teatro del globo, el rodear de esplendor y riquezas á los monarcas, de insignias y cortejos á los dignatarios públicos, con otras invenciones y prácticas tan generalizadas é indispensables para el vulgo, que sin ser la cosa en sí, se juzgan tan importantes como la esencia misma.

¿Qué sucede en el mundo de las ideas? En vano enseñará el hombre una verdad, sin poner más de su parte que la verdad desnuda. Se perderá en el estrépito y aparato social sin encontrar oídos. Es preiso que la idea se incarne, que entre en el mundo de las pasiones, que forme argumento de un drama, que todo concurra á ponerla de relieve ante la vista cansada, ante la iner-

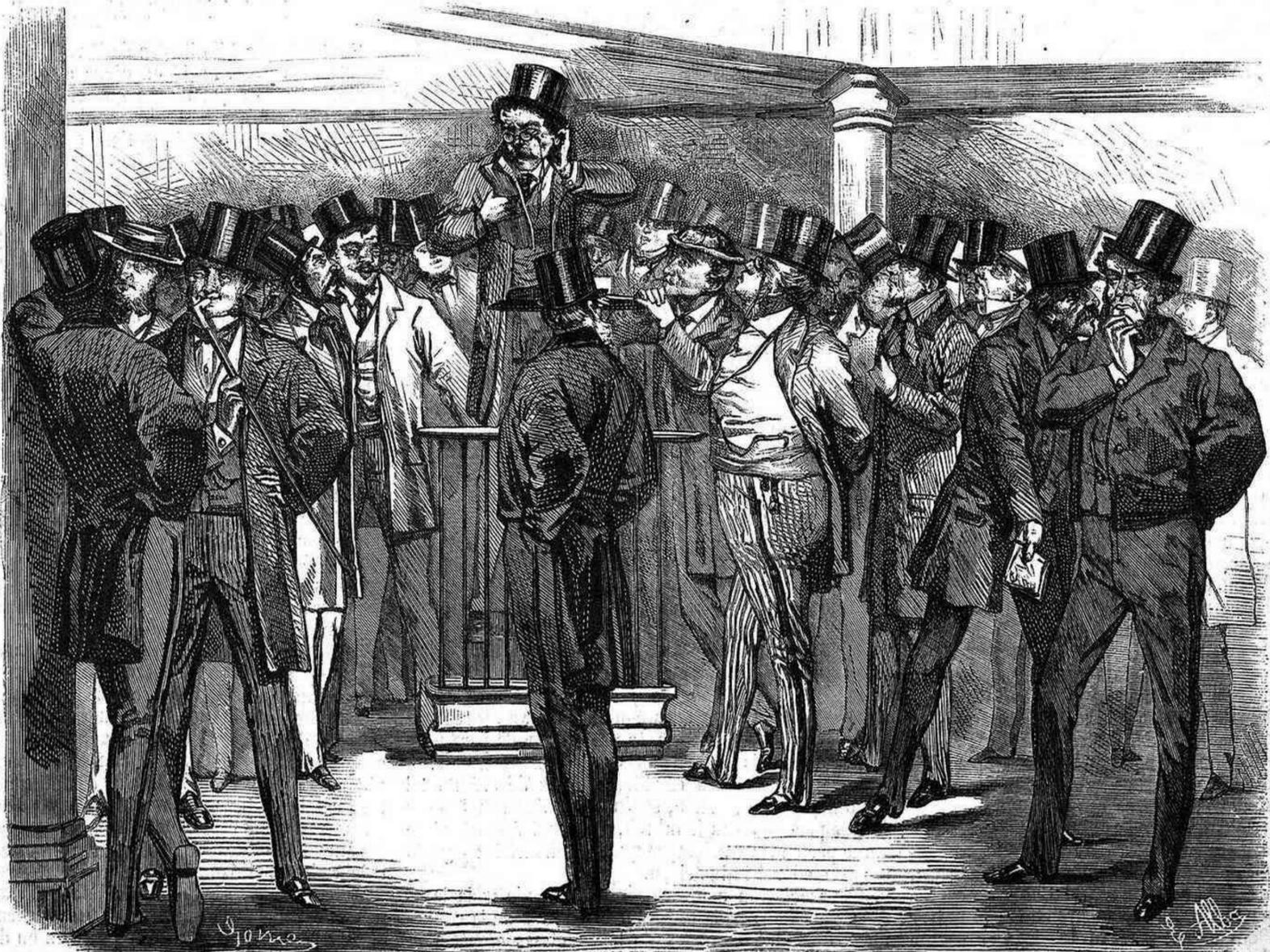
EL TEATRO DEL GLOBO.

(CONTINUACION.)

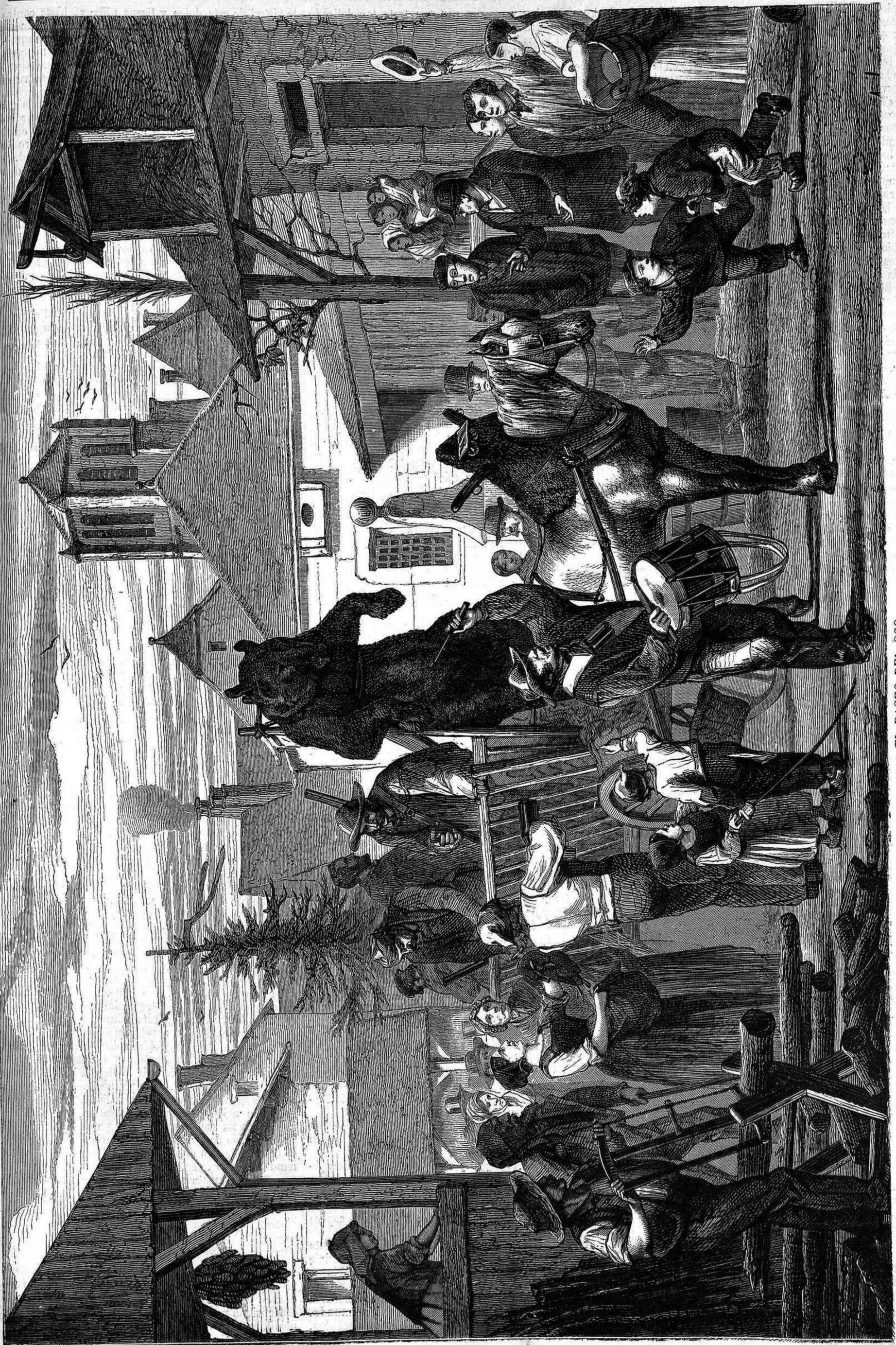
Y ello es lo cierto que en la humanidad existe la idea de los caracteres típicos á los cuales han de ajustarse estas varias representaciones, y que por esa pre-

concepcion juzga en la historia á todos los actores que han tomado parte ostensible en la tragi-comedia humana. Tampoco es dudoso que casi todos los hombres

de la masa de los espectadores. Una idea no es del que la engendró, ha dicho Goethe, es del que mejor sabe espresarla, y cuando son verdades ó prin-



INTERIOR DE LA BOLSA DE MADRID.



EL PASEO DEL OSO.

cipios que afectan intimamente á la vida ó á los intereses de la sociedad, del que mejor sabe sostenerla: esto es, del que se identifica con ella, y trayéndola á la escena del mundo como alma de su papel, provoca la lucha de intereses encontrados, penetra en la region de lo dramático, se hace cuerpo, toma musculatura y nervios de lo humano.

«Todo hombre, escribe Chamfort, por sabio y desprecupado que sea, debe tarde ó temprano volverse actor en este escenario de locos.» Y en efecto, ¿ha de condenarse el hombre recto á manifestar una verdad ó luchar contra la corriente de los vicios y abusos, lanzándola simplemente al aire, como si el orbe fuera conjunto de espíritus puros, sedientos del manjar de la razon austera, como si los hombres por el sólo amor de la verdad y de la ciencia corriesen á ella desalados, por sencilla y desnuda que en cualquier parte del globo se mostrase? El hombre, individualmente, puede ser sabio; pero nunca son sabias las muchedumbres. Para éstas nunca servirá el silogismo y la lógica, porque ven más con los sentidos que con el espíritu, y necesitan de Sinaí y de truenos para recibir las tablas de su enseñanza; en una palabra, de lo maravilloso, del espectáculo, de lo teatral. Las leyes de Numa no habrían sido menos sabias sin sus idas al bosque á consultar á la ninfa Egeria. Sin embargo, la ninfa fue como el sello, el *exequatur* de su legislación. Numa fue un gran actor. Licurgo tuvo que eclipsarse para dar estabilidad al código. Este legislador fue un gran cómico. El demonio familiar de Sócrates hizo famosa su doctrina. ¿Quién si no, hubiera hecho caso en Atenas de sus innovaciones?

Pero hay más: cuando el sabio actor recita un papel ó toma una posición en el teatro humano verdaderamente importante; cuando la lucha que provoca es eminentemente dramática, el público espectador no se satisface sin ver la catástrofe. La redención trae la crucifixión. Así se caracteriza el papel representado, y el papel de reveladores no se ejecuta impunemente. La verdad es siempre trastornadora, siempre trágica y mucho más si pretende dominar en el mundo de la moral y de la especulación. El deber del que la predica es no tener miedo al peligro ni á la muerte; porque el valor del apóstol es la medida de su fe, y la medida de su fe el signo de su verdad. Si el apóstol no muere por su idea, ¿quién la creará?

Y están tales creencias tan arraigadas en la conciencia humana, que la posteridad no perdona flaqueza alguna en quien debió ser fuerte, vicio en quien debió ser virtuoso, condescendencia en quien debió ser inflexible, ligereza en el circunspecto, duda en el apóstol, retractación en el creyente, vacilación en el mártir, ignorancia en el maestro, ni sombra de miedo en el soldado: un proverbio antiguo dice: «No perdona el vulgo tacha de ninguno;» tan ideal, tan perfecta es la concepción que tiene de los caracteres en el gran teatro del globo. Ser ó no ser, si ha de ser del número de los inmortales: Diógenes mismo es un gran personaje por ser lógico en su papel de cínico. El mundo quiere estas apariencias, estos efectos de teatro, estos accesos y detalles, mínimos si se quiere, pero que acentúan la fisonomía y completan al actor, lo mismo en su gloria que en su desgracia. La caída de un monarca puede elevarle ante la posteridad más que los días de su esplendor. La muerte de un héroe suele engrandecer su figura más que una serie de triunfos. Sócrates bebiendo la cicuta en medio de sus discípulos, acredita su carácter de filósofo y revelador tanto más que con su doctrina. Cervantes interesa al mundo con su valor en la desgracia y la pobreza, mientras que Lamartine, acudiendo á mendigar la protección pública, compromete la dignidad del escritor. ¿Qué más? la posteridad ha llegado á no encontrar excusa á la retractación de Galileo. Hubiera querido que la corona del mártir adornase las sienes del sabio, sin pensar que en las ciencias exactas y físicas, la verdad no es fanática, y que nadie debe morir para demostrar que el sol alumbró que dos y dos son cuatro.

Representar bien el papel: hé aquí la moral de este simul. La vida es corta; todo ilusión: estamos en el mundo de paso. ¿Por ventura es larga la comedia en el teatro? ¿No es todo en ella ilusión? ¿Vive el actor sobre las tablas? Sin embargo procura representar bien su parte. Así el hombre sobre la tierra. Aunque está de paso, la memoria de su paso es permanente, la posteridad le juzga, las generaciones le miran, y con la perfección de sus obras puede contribuir á la perfección de los venideros.

Ahora, cada cual escoja si ha de representar papel ó serio ó cómico en el teatro del mundo. Milton decía: «puesto que la vida humana se parece á una escena, mejor quisiera mezclarme en mis entradas y salidas con personas cuyos méritos y grandes pasiones les den grave y trágico interés, y no con los payasos y los viciosos.» En otra serie nos ocuparemos más especialmente de actores y caracteres.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Hemos recibido un folleto que con el título de *Libertad de cultos* ha publicado don Cristóbal Vidal, catedrático del Instituto de Vitoria. Su tono templado, la

circunspección y medida con que trata tan delicado asunto, el carácter de imparcialidad y de justicia que revela en todos sus juicios, las poderosas razones que en favor de la tolerancia religiosa aduce, tomadas del concepto de la religion, de la inviolabilidad de la conciencia, de la ineficacia y de los horrores de las guerras provocadas y sostenidas por la diversidad de creencias religiosas, de la autoridad de los Sagrados Textos, de la opinión de los Santos Padres y de las palabras de escritores católicos tan respetables y autorizados como el inmortal Balmes, hacen de este folleto un trabajo notabilísimo que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, con tanto más motivo, cuanto que no se ataca religion ninguna determinada ni se hiere en lo más mínimo el sentimiento católico de la generalidad de los españoles.

PENSAMIENTOS.

Cuando de lejos miro
flotar gallarda
al aire de la noche
tu leve falda;
¡Náufrago en pena,
sueño que es de socorro
la blanca vela!

Te busco en las ciudades,
tras las estrellas,
sobre la mar bravía,
en rocas negras;
En el bullicio...
¿nunca podré encontrarte?
¿Nunca, bien mio?

Te di flecha labrada
de plata pura;
la pusiste en tus trenzas
negras, profusas;
¡Dándome en cambio,
de tus ojos traidores
lluvia de dardos!

J. M. MARIN.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

—Dentro de una hora, ¡Dios mio!—exclamó con voz temblorosa la gran duquesa.—¡Oh, señora! ¡Oh madre mia! ¡Eso es imposible!...

—¿Qué es lo que os sucede?—preguntó Catalina cautelosamente y como admirada.—¡Estais muy pálida, Natalia!

—Estoy sufriendo mucho... es cierto... siento extenderse un velo delante de mis ojos... y tengo miedo... sí, señora... ¡tengo miedo! He creído ver sangre... continuó la gran duquesa retrocediendo,—pero... ¡me habré engañado tal vez! Catalina es grande... Catalina es generosa... ¿qué necesidad tiene de castigar á un pobre insensato? Yo veré á ese jóven, le hablaré, le diré que la emperatriz es muy buena, le diré que ha sido para mí, su hija querida, la mejor, la más noble de las madres. Me acercaré á él con palabras de paz, de esperanza y de perdón... le haré comprender la enormidad de su falta... ¡de su crimen! ¡Oh! sí...—añadió Natalia juntando las manos;—no es cierto, madre mia, que aprobáis esta conducta? Ese hombre está muy lejos de ser un impostor como Pugatcheff. Ese jóven es el hijo de...

—Basta, basta,—prorumpió Catalina trémula de cólera,—ese hombre debe morir ó ver cerradas para siempre detrás de él las puertas de la prision de Schullerburg. ¡Oh! sí, la juventud no disculpa la audacia y él se atrevió á escribir en ese papel la palabra *injusticia*. Queda terminada, pues, toda discusión sobre este punto. Le habeis visto por primera y última vez...

—Y si yo le hubiese prometido... si en el momento en que os hablo me estuviese esperando... insistió Natalia con ese valor que presta la desesperación.

—¿Habeis prometido verle otra vez? ¿Os está esperando? repitió Catalina examinando el rostro de la gran duquesa.

El dolor y el espanto se apoderaron de la pobre jóven, de modo que parecía próxima á desfallecer.

—No hay que dudarle,—pensó la emperatriz,—¡Natalia ama á ese hombre!

Y su mirada cruel, insistente, se fijó sobre la esposa de Pablo, como la del tigre sobre su presa.

Natalia era una excepción viva en medio de esta corte corrompida; era cándida, afable, generosa, casi de una completa popularidad. La perfidia más refinada no hubiera podido encontrar en ella la sombra de un vicio, ni de un desliz. Bella y virtuosa, la pura influencia de sus límpidas miradas alcanzaba á todo el mundo. Despojándola brutalmente de todos estos encantos, Catalina había intentado, en lo más profundo de su pensamiento, encontrar alguna mancha que empañase

la virtud de esta dulce y tierna niña; y, hasta contra todas las leyes ordinarias de la naturaleza, procuraba también escitar los celos de su hijo, respecto de aquella á quien había elegido por esposa. Pablo I, no creía entonces nada; pero podía llegar un día en que albergase alguna duda, pues el ascendiente que sobre él ejercía la Emperatriz, podía hacerlo temer todo.

La singular turbación de Natalia, la alteración de sus facciones, las furtivas lágrimas que creyó percibir en sus ojos, todo contribuyó á afirmar á Catalina en la perversidad de su proyecto. Dejando caer sobre la gran duquesa una mirada llena de hipócrita bondad, la atrajo á sí dulcemente, cogiéndola una mano, y la dijo sonriendo con amabilidad:

—Pues bien, Natalia, una vez que profesais á ese jóven tan tierno interés... una vez que la gracia que reclama es necesaria para vuestra dicha... ya que habeis prometido volver á verle...

—¡Y bien!...—murmuró la jóven tímidamente.—No quiero que lleveis al conde Andrés Stefanoff palabras de desesperación. Soy vuestra madre, os amo; así lo habeis dicho vos misma.

—¡Oh, señora!

—Id, id á esa entrevista, os lo permito, y si es preciso os lo ruego. Decid á ese jóven que la emperatriz examinará su petición... que reflexionará sobre ella... y más tarde, dentro de algunos días...

—¿Es esto un sueño? ¡Tanta bondad, Dios mio!

—A vos sólo se debe tal milagro,—prosiguió Catalina sonriendo nuevamente.—¡Ya puede dar gracias vuestro protegido á tan bella protectora! ¡No perdais tiempo, corred hácia ese interesante jóven que os deberá la vida! ¡Será un partidario que aumentará el número de los muchos que ya teneis; pero... yo no soy celosa!

Y atrayéndola otra vez, Catalina la besó en la frente con una gracia encantadora. Natalia, admirada, muda, no conseguía explicarse un cambio semejante; pero arrastrada por la emoción, correspondió tiernamente á las caricias de la emperatriz.

—Podeis estar segura, madre mia,—dijo,—de que nunca olvidaré este acto de clemencia.

Y cubrió de besos y de lágrimas las manos de su suegra.

En seguida, con la frente serena y el corazón palpitante de alegría, se separó de Catalina.

Esta, al verla deslizarse como una ligera sombra á través de la larga galería que la separaba de los jardines, exclamó:—vé, vé á reunirte con él... te permito que veas otra vez á Andrés Stefanoff; pues sería una loca en castigarle tan pronto, ¡siendo así que puede servir antes de instrumento para mi venganza! No me olvido tan pronto, Natalia... ¡Oh! no... y muy luego le daré una prueba de ello.

Y llamando al instante á uno de sus húngaros, le entregó un billete que escribió á toda prisa. Una alegría repugnante, infernal, se traslucía en su rostro.

—¡Entregareis esto al gran duque Pablo, en el camino de Peterhoff!—dijo al húngaro.—¡Marchad!

Apenas quedó sola, Catalina se acercó precipitadamente á una cortina de damasco que cubria las paredes de éste gabinete.

De éstas paredes colgaban variados y numerosos medallones de todos tamaños. La Emperatriz descolgó uno pequeño, debajo del cual se leía el nombre de Gregorio Stefanoff.

—Si el hijo es tan bello como el padre,—dijo considerando el medallón con una sonrisa inexplicable,—¡seré vengada completamente!

Permaneció absorta largo tiempo en silenciosa contemplación delante de este marfil rodeado con un círculo de piedras de inmenso valor... Nada de cuanto pasaba entonces en lo profundo de su alma, se reflejaba en aquella frente impenetrable.

Al volver á colocar el medallón en su sitio, su mano experimentó un ligero estremecimiento; lo miró otra vez todavía, y luego dejó caer sobre él la cortina.

Las doce sonaron en el reloj en aquel momento. Entre los objetos esparcidos sobre la chimenea, los ojos de la emperatriz encontraron de repente el huevo de Pascua que el caballero de la víspera le había dado.

—¿Vendrá á esta cita?—se preguntó.—Veámoslo.

—Y supersticiosa como una italiana, desplegó una baraja de naipes sobre un rico velador. Combinó varias veces las cartas en silencio y con temor. En seguida, su ojo de águila brilló y sonriéndose con orgullo delante de uno de los espejos del gabinete y examinando su juego, exclamó:

—Decididamente será exacto... sí... sí... vendrá... ¡Oh! ¡Ahora estoy segura!

V.

EL KIOSKO AZUL.

Natalia creía llegar la primera al lugar de la entrevista; pero se engañaba: Andrés Stefanoff la había precedido.

Reprimió un grito involuntario al verle pálido, inmóvil, apoyado en la puerta del pabellón más bien como un guardian sombrío y severo, que como un pretendiente inquieto y solícito. Un fuego extraño iluminaba

su mirada. Natalia no pudo examinarle sin miedo. Una de las manos del conde estaba oculta debajo de su caftan, la otra se hallaba cerrada por un movimiento convulsivo. La gran duquesa entró primero en el kiosco; el joven la siguió.

Andrés se encontraba evidentemente en una de esas crisis, en medio de las cuales no es uno dueño de sus mismos pensamientos. Su semblante tenía la palidez lívida y trasparente de un fantasma. Una noche de fiebre horrible trastornaba aquellas facciones tan puras; las voces impetuosas del odio y de la venganza hablaban entonces sólamente en su corazón.

Sin embargo, al presentarse Natalia, el aspecto de la hermosa niña hizo enmudecer todas aquellas voces y calmó el frenesí del infeliz joven.

—¿Era ésta acaso aquella formidable soberana, objeto de su indignación concentrada, terror de sus noches y blanco perenne de su puñal? Andrés Stefanoff no conocía á Catalina. Delante de Natalia se sintió desfallecer. Retrocedió á su vista admirado y asustado como un niño.

En uno de esos movimientos se le abrió el caftan y un afilado puñal cayó en el suelo.

—¡Desgraciado!—gritó la gran duquesa, en quien el terror reemplazó á la piedad,—¡dad gracias á Dios de que no sea yo la emperatriz!

Andrés la contempló con duda y desconfianza. Le parecía imposible á este conspirador temerario que el cielo dejase de entregarle á Catalina, á no ser por una amarga burla del destino.

La gracia suprema de Natalia, su mirada llena de bondad, la esquisita benevolencia de sus palabras y de su persona, todo concluyó por tranquilizar aquel corazón devorado hasta entonces por el sólo deseo de encontrarse frente á frente con su más cruel enemigo. Se inclinó hasta el suelo y recogió el puñal. Natalia le observó detenidamente.

Jamás un tipo más exacto de la belleza griega, tantas veces idealizada por los escultores, se había presentado á sus ojos. Andrés poseía esas líneas nobles, admirables, que llaman la atención en las estatuas antiguas. Su fisonomía era altiva y desdeñosa. Un pudor santo y casi salvaje realza todavía en él las perfecciones exteriores; no tenía nada de comun con esos jóvenes señores ampulosos y vanos que parecen siempre dispuestos á presentarse en escena. Si Natalia se sintió conmovida por el incomparable encanto de sus facciones, no lo fue menos por la melancolía profunda y altanera que se notaba en el joven. Comprendió que el hombre que tenía delante no era un hombre ordinario, y que ante todo debía decirle la verdad.

—No,—dijo Natalia al joven conde con su acostumbrada dulzura,—yo no soy la emperatriz. Pero en cambio, soy la persona que ha recibido vuestro billete, y la que habiendo obtenido ya algo de Catalina, espera, Dios mediante, conseguir muy pronto más. Tranquilizaos, pues, caballero; una amiga, una hermana es la que viene á hablaros.

Al pronunciar estas palabras la gran duquesa, tenía fijos sobre Andrés sus ojos, en los cuales estaba retratada toda su alma. En cuanto al conde, la sorpresa le había dejado sin voz. Examinaba y miraba á Natalia como si no comprendiese nada.

—Señora,—exclamó al fin con acento conmovido,—quien quiera que seáis, tenéis delante de vos á un miserable. Este puñal, que acabo de recoger, no en el pecho de la emperatriz, sino en el mío, debía sepultarse, si yo tuviera valor para ello. Os he perdido sin duda alguna, pues llegué á hacerlos ¡triste de mí! participe de tanta cólera y de tanto odio como se abriga en mi corazón. ¡Y habeis sido vos, vos, cuyo nombre no sé siquiera, la que se ha dignado interceder por mí ante Catalina; la que no ha temido exponerse á todo su furor presentándole mi carta! ¡Oh! ¡Bendita seáis, vos que representais aquí uno de esos ángeles de justicia á quienes Dios permite tan raras veces abandonar el cielo! ¡Bendita seáis, que os habeis dignado tenderme una mano protectora en medio de mi desgracia! No tengo derecho alguno para preguntaros quién sois, pero de todos modos, sabed que desde hoy os pertenezco para siempre. ¡Oh! decidme, señora, ¿conoceis bien á Catalina la inexorable? ¿Le habeis indicado cuán grande es mi dolor, y cuán inexorable el juramento porque estoy ligado? ¡Ah! ¡contadme cómo habeis podido llamar á la puerta de ese corazón de acero! ¡Contadme cómo al escucharos ha creído tal vez Catalina oír la voz del mismo Dios!

El conde se detuvo conmovido á un tiempo por la admiración y por el respeto que le inspiraba aquella bella joven, espionando con avidez sus menores movimientos y suspendido de sus labios. ¿Cómo explicarse el tierno interés que por él había tomado tan pronto, identificándose con su desgracia hasta el extremo de atreverse á presentar sus quejas á la emperatriz? ¿Cuál era el nombre y el rango de esta mujer encantadora? ¿Sería la misma Catalina quien la enviaba hácia él? Al contemplarla de nuevo, Andrés Stefanoff llegó á creer, en algun momento, en cierta intervencion casi divina.

Antes de responder á las preguntas del joven, Natalia le tendió la mano con tanta confianza y nobleza, que Andrés se arrodilló para imprimir en ella un beso.

—Sois muy digno de compasión, ya lo sé,—dijo la

gran duquesa con un encanto inefable;—lo que he podido entrever de vuestras desventuras es horrible. No he conocido al conde vuestro padre, é ignoro cuál haya podido ser su crimen á los ojos de su soberana, pero sea el que quiera, no he vacilado un sólo instante en hablar por vos á la emperatriz. La cólera de Catalina llegó á intimidarme de pronto; mas el cielo me ha sostenido y ha dado á mis palabras una especie de consagración austera y santa. Sí, caballero; llego junto á vos más contenta que la mujer á quien la suerte hubiera deparado un reino, y vengo á deciros: ¡esperad, la emperatriz ha prometido!

—¡Prometido!—murmuró Andrés con una amarga sonrisa,—¡prometido! ¡Ah! ¡ignorais, señora, lo que son las promesas de Catalina!

Natalia enmudeció y se estremeció como si un relámpago repentino hubiese iluminado toda su alma. Un frío de hielo pasó por su corazón y por sus labios. Andrés continuó tristemente:

—La palabra real era en otros tiempos una cosa grande y santa. Desde Isabel la Clemente, ya se sabe lo que es preciso pensar sobre ese punto.

—Yo cuidaré de que la emperatriz cumpla la suya, interrumpió Natalia.

—¿Vivis acaso cerca de ella? preguntó Andrés tímidamente.

—Con ella misma, respondió Natalia mirando al joven con una expresión llena de franqueza.

—Y... ¿la odiáis, no es verdad?

—No; ¡ella me odia á mí!

Andrés se acercó á la gran duquesa por un movimiento involuntario.

—¿Sois desgraciada?—le preguntó olvidando su propio dolor.—¡Hablad, hablad! ¡Oh señora! ¿qué puedo hacer yo por vos?

El rostro de Natalia se revistió de una serenidad aparente. Se arrepentía de haberse dejado arrastrar hasta hablar quizá demasiado; porque al fin hiciera una confidencia á aquel extraño joven. Es verdad que encontraba en él cierto atractivo poderoso, magnético y que parecía que un misterioso destino lo arrojaba delante de ella. Sus facciones respiraban la audacia, la pasión y el valor. Lo que ella había leído de su historia lamentable, llenó de turbación su alma tan casta y tranquila. «¿Qué habrá hecho el padre de ese joven?» se preguntaba sin cesar la gran duquesa.

Extraña á las intrigas de la corte, dichosa hasta entonces con la intimidad de Pablo I, Natalia no había sido iniciada jamás por Catalina en esas dramáticas historias que eran todavía un enigma para los mismos familiares de la poderosa soberana. La inocente joven no conocía nada de este reinado terrible, mas que las fiestas encantadoras y embalsamadas de Peterhoff, ó las comedias imperiales de la Ermita. Al ver á Andrés comprendió luego que iba á oír una de esas revelaciones que espantan.

Hacia algunos segundos que el joven parecía absorto en una silenciosa meditación; se le hubiera creído de mármol por la fijeza de su mirada que no se separaba de la tierra que pisaba. Su belleza real había desaparecido, sustituyéndola cierta expresión triste y fatal. Rompió sin embargo el primero este silencio glacial, y contemplando con firmeza á Natalia dijo:

—Señora, os he dicho hace un momento que creía muy poco en las promesas de Catalina: juzgad si me asistirá razón para hablar así, oyendo la relación que debo á vuestro interés por este desgraciado. El hombre por quien pido gracia á Catalina es el conde Gregorio Stefanoff, ¡y ese hombre es mi padre! ¡Su verdugo es la misma Catalina! Pero lo que vos ignorais, lo que ese escrito dirigido por mí á la emperatriz no ha podido revelaros, lo que me pedís con vuestras miradas que os diga, y tenéis el derecho de saber es su crimen. Ese crimen voy á descubrirlo: Gregorio Stefanoff, mi padre, es culpable de haber amado á Catalina. Catalina ha castigado en mi padre... á su favorito.

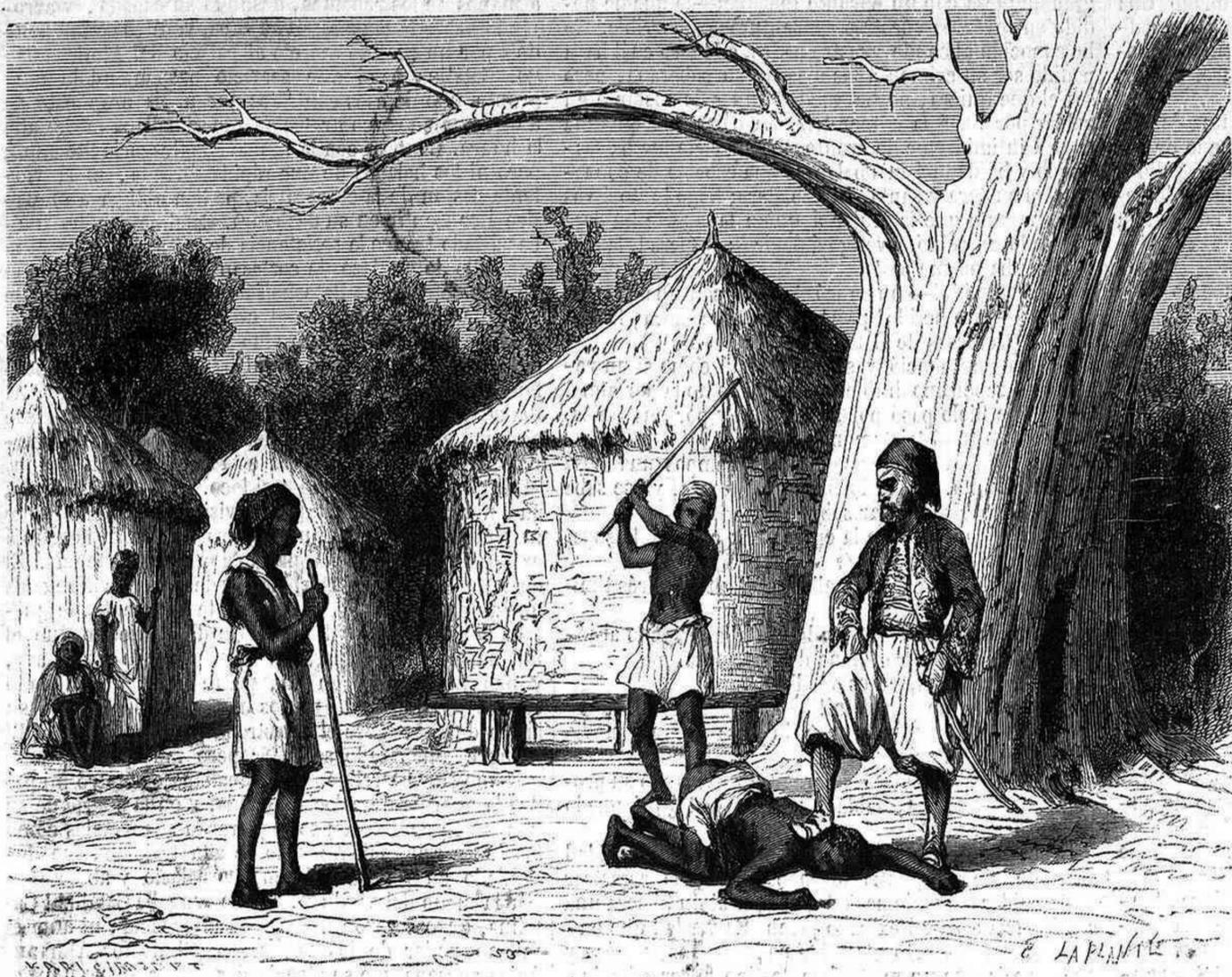
Andrés se puso pálido después de pronunciar estas palabras. Arrancaba de su pecho esta confesión en medio de una violenta lucha contra su orgullo. De todos los ultrajes dirigidos al conde Gregorio Stefanoff, aquel le había parecido siempre el más repugnante y el más sangriento. Contuvo un suspiro y prosiguió con la voz alterada por el dolor y la vergüenza.

—Esta, debo decirlo así, fue la única mancha que cayó sobre nuestros blasones. A la edad de veinte años, mi padre se había unido á una de las sobrinas del marqués de Marialva, de Portugal, la cual murió al darme á luz. Se me envió á Lisboa. La causa de este alejamiento hubiera sido un misterio para mí toda la vida, si una carta del doctor Almann no llegase á enterarme de la verdad. Héla aquí. Pasando un día revista Catalina al regimiento de Ismaeloff, se fijó en un joven oficial, cuya figura le agradó sobre manera. Una tristeza noble y dulce embellecía sus facciones; era modesto y valiente. Algunos meses después, los cuatro regimientos de guardias conspiraban para sublevarse, y el nombre del príncipe Juan servía de bandera á la insurrección. Un día se promovió un tumulto general en las casernas. Abandonada de una parte de la nobleza, Catalina se veía expuesta quizás á sufrir la suerte de Pedro III, cuando mi padre, viéndola á punto de perecer

á manos de los rebeldes, desnudó su espada, y arrojando sobre la emperatriz su capa, la salvó conduciéndola por un camino secreto al palacio del Almirantazgo. Catalina pagó este servicio proponiéndole muy pronto uno de esos contratos que había propuesto ya á otros muchos; contratos en que se hallaba interesada la honra. Contaba con la vanidad de Gregorio Stefanoff; pero ni los halagos de una rápida fortuna, ni la violenta pasión de la emperatriz, podían obligar á mi padre á consentir en su deshonra. Catalina decidió vencer á todo trance la resistencia de mi padre, y se valió para ello de un lazo de cortesana. Una noche, en uno de esos retretes de Peterhoff llenos de terciopelo y de oro, dedicados más bien al crimen que al placer, el aroma embriagador de un vino preparado privó al conde de la razón. Catalina triunfaba: el noble conde Stefanoff lo había olvidado todo en esta infernal orgía. Al día siguiente al despertar, supo por boca de todos que ocupaba el segundo punto del imperio. Una vez llevada á cabo por la emperatriz esta obra de humillación, el desgraciado se volvió casi loco. El doctor Almann, su amigo, era el único que le visitaba. El terror que inspiraba Catalina á su nuevo favorito, había llegado á extinguir en éste toda pretensión de resistencia. El ejemplo de Wisotsky sacrificado y despedido con regalos que aumentaban todavía el peso de su afrenta, le quitaba la esperanza y el valor. Un día... viendo que el mismo hijo de la emperatriz era maltratado por su ayo, y pensando tal vez en mí, pobre niño, abandonado también como aquel á manos mercenarias, levantó su látigo de caza sobre el maestro del joven príncipe. El hombre amenazado se calló; pero muy pronto tomó una venganza terrible. Cierta mañana encontró mi padre la guardia de palacio doblada, y en la puerta de su habitación centinelas; se registraron sus papeles como los de un criminal. Acusado de alta traición, fue degradado en un patio del mismo palacio y abofeteado por la mano del verdugo. ¡Así se vengaba Catalina! Catalina, cuyo corazón nada pudo enternecer, ni aun el mismo poder de los recuerdos. El doctor Almann, única persona que se atrevió á solicitar el perdón del conde, oyó únicamente de sus labios estas palabras: «¡Orloff llega mañana!» ¡Y la mano de Dios no dejó sentir entonces todo su peso sobre esa mujer, el rayo no ha despedazado su real diadema; la divina patrona del Kremlin la ha dejado vivir! Y ese hombre que la había salvado ¡á ella, la miserable! de la animosidad de todo un pueblo, fue abofeteado públicamente por una orden suya, obtenida por la bastarda influencia de algunos cobardes consejeros. ¡Oh señora, señora! ¡Qué le había hecho yo al cielo para que me castigase así! ¡Espada justiciera y brillante del ángel del Señor, que desde entonces veo todas las noches en mis sueños, ¿en qué manos te encontrabas en el momento del crimen?

Andrés pronunciaba estas últimas palabras derramando lágrimas de rabia. Parecía vencido por la pena y la fatiga; sin embargo, continuó así:

—Otro que el conde hubiera encontrado la muerte en medio de tantas y tan odiosas ignominias. ¡Verse arrebatado una á una aquellas condecoraciones justamente ganadas en mejores tiempos, recibir el más grosero insulto en aquel mismo palacio en donde dictaba órdenes como dueño! ¿No era esto suficiente para quebrantar las fuerzas y el ánimo de un mortal? Pero él... era padre... ¡se acordaba de su hijo! ¡Cuántas veces, después lo he sabido, se dirigieron sus pensamientos hácia la tierra en que yo lloraba! Yo, ya entonces era triste y pensador contra lo que sucede comunmente en esa edad. ¿Presentaría acaso una vida llena de tempestades? Muy pronto un inmenso dolor se apoderó de mí; ¡llegó á mi noticia la muerte de mi padre! Estaba en aquella ocasión bien lejos de creer que Almann me ocultaba la verdad. El conde había sido encerrado en una de las fortalezas del reino; pero el doctor ignoraba en cuál, porque los secretos de Catalina eran muy difíciles de penetrar. Prefirió, pues, hacerme creer que había muerto el único protector que tenía en el mundo. Al volver á Rusia apenas pude comprender toda la extensión de mi desgracia; los desvelos del generoso Almann me conservaron una gran parte de nuestra fortuna. Mi admiración subió de punto cuando me previno que no debía volver jamás á Petersburgo. Me aconsejó también que hiciese una vida silenciosa y retirada. Un sólo amigo, que vino conmigo de Lisboa, y que participaba de mi soledad, me obligó á amenizarla con algunas distracciones.—«Sois rico, me dijo, el pesar profundo que está minando vuestra existencia debe huir ante la voz del placer.»—En medio de los alegres preparativos de una fiesta, llegó una carta del doctor Almann que sembró el terror y la desesperación en toda mi alma.—«El hijo de Gregorio Stefanoff piensa en los placeres, decía en ella, ¡y yo hace dos años que pienso sólo en salvar á su padre! Gregorio Stefanoff existe todavía; pero bajo la sombría bóveda de un calabozo. Este calabozo se halla en una prisión que no puedo encontrar á pesar de innumerables pesquisas.»—La lectura de una carta semejante produjo en mí el efecto de un rayo; Almann me lo revelaba todo. Al ver desgarrado el velo que cubría la vida misteriosa de mi padre, sentí que se apoderaba de todo mi ser un profundo abatimiento. La idea de acercarme á Catalina



ESCENAS DE LA ESCLAVITUD.

encendia toda mi sangre y despertaba mi furor... pero, ¿cómo llegaría a verla, hallándose rodeada de viles cortesanos, sin que el brazo de uno de sus sicarios se interpusiera entre la emperatriz y mi venganza? Las fiestas de Pascua me suministraron al fin la ocasión. Resuelto á intentarlo todo á fin de saber de Catalina lo que habia hecho de mi padre, me he dirigido aquí con la rabia en el corazón y en los labios pidiendo á Dios ó al infierno que me entregasen á esa mujer abominable. Y el cielo, ¡oh! ¡el cielo me ha respondido! En vez del demonio, me envía el ángel; en vez de Catalina, una hechicera joven que se compadece de mi desgracia. ¡Ah! ¡señora! Por grandes que sean las desventuras que me reserve el destino, nunca vuestra encantadora imagen se borrará de mis recuerdos!

(Se continuará.)

R. CAULA.

EL PASEO DEL OSO.

El cazador que tiene el atrevimiento y la fortuna de matar un oso, no solamente libra á las aldeas inmediatas de un temible enemigo y adquiere cierta reputación por su hazaña, sino que realiza un beneficio en metálico efectivo si sabe hacer valer el mérito de su presa.

El Norte de España, los Pirineos y el Jura son los lugares del Mediodía de Europa donde con más frecuencia se encuentra este animal corpulento. Su peso ordinario es por lo ménos de 200 á 250 kilogramos, aunque á veces, mediada ya la estación del otoño, que es cuando están más gordos, hay algunos que llegan á pesar el doble. En algunas jurisdicciones de Francia suele gratificarse al cazador con 25 francos por la muerte de un macho, y con 40 por la de una hembra. Véndese la carne por libras, y puede calcularse que un oso de buen tamaño produce de 250 á 300 francos. Mas no se limita á esto la ganancia del afortunado cazador; pues en algunas comarcas el oso es paseado á son de tambor con banderines y acompañamiento de ociosos, mujeres y muchachos (véase la lámina correspondiente) que arrojan dentro del vehículo muchos regalos consistentes en perdices, panes, gallinas, chorizos, queso, etc., con cuyos manjares los cazadores aderezan una suculenta comida donde se baila y canta á estilo del país.

Cuéntase respecto de esta clase de caza un lance que no carece de ingenio. Un guardabosque vió á un oso bebiendo en un arroyo: apuntó bien y le dejó tendido en el acto. El guardabosque se hallaba sólo y aunque el oso no era del mayor tamaño, pesaba demasiado pa-

ra las fuerzas de un hombre; por lo cuál fué á un caserío para traer quien le ayudase á llevarlo; mas ¡cuál fue su indignación al ver que otro cazador hallando por casualidad al oso muerto habia llamado gente y procuraba llevárselo, fingiendo que él lo habia matado!

Después de una obstinada disputa entre el dueño verdadero y su antagonista, disputa en que hubieron de mediar los circunstantes para evitar una desgracia, el guardabosque dijo á su contrario:—«Supuesto que usted se empeña en que ha matado al oso, dígame por dónde le entró la segunda bala.» El otro, aturdido por la pregunta, contestó á la casualidad:—«Por el vientre.»—«Pues sepa usted que no tiene más que un balazo, el de la cabeza, y ese lo disparé yo: conque ya usted vé demostrada su falsedad.» Registrado el animal, no se le encontró más herida que la afirmada por el guardabosque, con lo que este quedó dueño de su presa y el impostor avergonzado y confuso en presencia de los testigos que habia traído para su triunfo y que lo fueron de su humillación. ¡Cuántas veces una ocurrencia ingeniosa y repentina pone de manifiesto la verdad y termina una situación difícil y peligrosa!

ESCENAS DE LA ESCLAVITUD.

Quien dice esclavitud, dice á un mismo tiempo injusticia. Los esfuerzos hechos en el presente siglo por los gobiernos mas ilustrados para limpiar de esta odiosa mancha á las sociedades modernas, han sido sin duda alguna beneficiosos para la humanidad; pero aun no han conseguido enteramente su objeto.

De las cinco grandes porciones en que los geógrafos consideran dividida la tierra, todavía en cuatro subsiste la esclavitud; es decir, la explotación más tiránica y absoluta del hombre por el hombre. En las fértiles y ardientes regiones bañadas por el Senegal y el Gambia el tráfico de esclavos ocupa á muchos aventureros de todas naciones, que por el cebo de una crecida ganancia arrostran los peligros del mar, de los climas tropicales y de la persecución con que los acosan los buques de guerra, particularmente los cruceros de la Gran Bretaña. Nada importa que algun buque negrero sea cogido y su tripulación castigada con rigor; pues otro buque armado en corso, de larga eslora y rápida vela, le sustituye, y otros nuevos aventureros se lanzan en él para afrontar nuevos peligros y proseguir el mismo inmoral comercio.

La imaginación no concibe cosa más inhumana que la manera de ser conducidos á los buques los infelices esclavos. Cuando se adquieren en la misma costa, el embarque es fácil y sus padecimientos menores; pero siendo cogidos ó comprados en el interior, su suerte empeora mucho y son cien veces más dignos de com-

pasion. Con dos palos largos y travesaños se construye una especie de escalera, en cuyos intervalos llevan metida la cabeza los esclavos: todo el peso de la escalera, que suele ser grande, descansa sobre sus hombros, y para mayor seguridad se les atan las manos á la espalda. En tal posición se les obliga á caminar muchas jornadas por terrenos ásperos y bosques espinosos; siendo el látigo quien se encarga de aligerar á los que se retrasan rendidos por la fatiga. La escena que verán nuestros lectores en la correspondiente lámina de nuestro número de hoy, representa el castigo violento y cruel impuesto á un guia que á causa de la oscuridad crepuscular vacilaba en señalar el camino que debía seguir la caravana.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Se acerca el momento en que la empresa editorial de EL MUSEO va á realizar las promesas que tiene hechas á sus suscritores. Muy en breve sufrirá este semanario una completa transformación; y estamos seguros de que las mejoras que en todos conceptos notarán los lectores en el periódico nuevo con que vamos á reem-

plazarle, les demostrará que hay en España elementos para que las publicaciones ilustradas puedan competir con las mejores del extranjero.

La empresa ha encargado dibujos y grabados, algunos de los cuales tiene ya en su poder, á los más distinguidos artistas, especialmente á nuestro amigo y colaborador el señor don Ramon Padró, agregado á la comisión enviada por el ministro de Fomento á la apertura del istmo de Suez como pintor y dibujante; contando al mismo tiempo con la colaboración literaria de los escritores más estimados por su capacidad, vastos conocimientos y elegante estilo.

Como la empresa de EL MUSEO tiene un particular empeño en complacer á sus suscritores, agradecerá las advertencias que de estos reciba, siendo encaminadas al beneficio y mayor decoro de la publicación.

Repetimos que muy en breve obsequiaremos á nuestros suscritores con nuevas reformas; y aprovechamos esta ocasión para responder á la pregunta que nos han dirigido algunos, manifestando que el periódico que vamos á publicar, como continuación y ampliación de EL MUSEO UNIVERSAL, se titulará

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Mujer, escopeta y potro, no lo prestes á otro.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NUM. 4.—MADRID.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG.